

Itate, Carmen de. Cristina

Gutmán, profesora de
idiomas. (1936)

Madrid: Ed. Castalia, 1991.

" — para flashback
y conversaciones interiores



I

Cae sobre Madrid uno de esos chaparrones primaverales que cogen de improviso a toda una población vestida de claro, sin gabardina, sin paraguas y, lo que es peor, sin la menor probabilidad de tomar un tranvía, un autobús o un taxi.

Cris siente al principio resbalar la lluvia sobre su abrigo color canela — un abrigo muy sencillo, pero impecable de línea —, siente después cómo se va calando la lana y se le empapan los hombros.

"Voy a coger un resfriado — piensa —, y ese lujo no está a mi alcance."

Por fin una lucha a brazo partido y un salto ágil la cuelgan del estribo de una plataforma. Por algo es esbelta y flexible, y para algo ha practicado, en un tiempo, lejano ahora, tenis, golf y hockey.¹

"Al menos me han servido para enseñarme a conquistar a pulso un sitio en uno de esos racimos humanos que son

1. *Tenis, golf y hockey*: Estos deportes solían ser practicados en los años treinta, en los que transcurre la novela, sólo por personas pertenecientes a las clases altas. Es un indicio que se da al lector sobre el origen de Cristina.

el adorno de todo tranvía madrileño —sigue pensando—. Algo es algo. Sobre todo en un día como hoy. Además, este viaje no será eterno. En Sol² lograré un sitio arriba: Quizá hasta uno dentro.”

En efecto, cuando Cris se ve obligada a decir al cobrador: “Haga el favor: en la próxima...”, es cuando más a gusto se halla en su asiento individual junto a la ventana, cobijada de la lluvia que en latigazos azota el asfalto acharolado. Qué pereza tener que apearse. Pero no hay más remedio. Un salto, y en unas cuantas zancadas —paso largo y seguro de mujer moderna— cruza la calle y se interna por una de esas callejuelas del viejo Madrid. Otras zancadas. Un portalón modesto. Cris se sacude como un perro salido del agua. Una escalera ancha de madera. Un piso. Dos. Tres. Y al fin, la meta. Una placa de metal, bruniada, reluciente, y en ella:

CRISTINA GUZMÁN, PROFESORA DE IDIOMAS

Cristina Guzmán, profesora de idiomas, llama al timbre. Y el rostro de manzana madura y el acento gallego de Balbina surgen en el umbral.

— ¡Vendrás hecha una sopa! Te he encendido el fuego.
— ¡La chimenea en abril? Balbi, nos arruinas. ¿Y el chico, durmiendo?

— Durmiendo. Ha estado hoy más gracioso. ¡Como devora! Ése sí que nos desnivela.

— Para desnivelarnos no se necesita mucho.

Cris ríe con risa breve y feliz, como siempre cuando se trata del niño. Se deja quitar el abrigo, arranca el gorro de punto; sus manos finas alisan la revuelta melena. Qué felicidad estar en casa. Sobre todo, cuando se posee una casita

2. Sol: se refiere a la Plaza de la Puerta del Sol madrileña.

tan bonita y caliente y cuando fuera diluvia. Se ha dejado caer en un butacón junto a la chimenea encendida, y su mirada recorre la estancia, luminosa y clara, a pesar de la lluvia, bañada de verdor e impregnada de olor a acacias y a tierra húmeda. ¡Bendito jardín de las monjas! Los ojos de Cris acarician los escasos muebles no sólo buenos, sino magníficos, que adornan la habitación: un tresillo inglés, un estante con libros primorosamente empastados, un retrato de mujer, un bello retrato de una bella mujer, pintado por Madrazo,³ un bargeño del siglo XVI, y aquí y allá chucherías de precio: un pez de Laliue, unos floreros de fino cristal de Venecia, una ronda de porcelana de Sajonia, un centro de plata antigua con su alegre adorno de capullos callejeros.

Y Cris sonríe. Balbina se ha deslizado de rodillas ante ella; le ha quitado los zapatos mojados, las medias, y sus manos —toscas, morenas— secan, con el mismo reverencioso cuidado con que manejan los floreros de Venecia y las porcelanas de Sajonia, los piecitos húmedos.

Cris sonríe. La vida no es tan mala. Pero, de repente, una sombra nubla el sol que asoma en sus pupilas.

— Balbina, se me había olvidado que te traigo una noticia atroz: doña Garbanzos me ha despedido.

Balbina deja caer bruscamente el pie, parecido a los de las pastoras que bailan su ronda sobre el viejo bargeño.

— ¡Que te ha despedido!

— Mujer, no te apures, que no es para tanto.

— ¿Qué no es para tanto? ¡Veinte duros al mes en nuevas circunstancias! Sencillamente el alquiler de la casa. ¿Pero no te das cuenta? ¿Y por qué te ha despedido?

3. Madrazo: apellido de famosa familia de pintores españoles del siglo XIX. La autora puede referirse bien a Federico de Madrazo y Kuntz (1815-1894) o a su hijo Raimundo de Madrazo y Garreta (1841-1900), ya que ambos pintaron numerosos retratos.

—Porque dice que el zoquete de su hijo ya sabe bastante francés. Desde luego que para pesar lentejas le basta con su “pon chur”.⁴ pero decir que ese animalote... Cris vuelve a reír.

Balbina siente ganas de llorar. Ganas de pegarla. Como cuando eran niñas y no existían barreras sociales.

—Siempre serás la misma. Te ríes, y el mundo se hunde en torno tuyo. ¿Cuándo te voy a ver llorar?

Cris se ha puesto en pie de un salto, el rostro serio.

—Nunca. Nunca, si Dios protege a mi niño. Llorar por un gran dolor, ¡bien! Pero llorar porque se tiene uno lástima a sí mismo y fomentarse esa compasión diciendo: “¡Pobrecita de mí!”, es una cobardía espiritual. Balbina, bien sabes que yo no soy cobarde.

Balbina, de rodillas, mira a Cris, entre admirativa y dudosa.

—¿Pero tú te das cuenta de lo que son veinte duros? ¿De dónde los vamos a sacar? ¿Cosiendo delantalitos a los reales la pieza? Porque tú misma dices que ya no hay quien quiera tomar lecciones particulares.

Cris se ha vuelto a sentar.

—Eso déjame a mí. Tú con atender-a-la-casa y cuidar a Bubi tienes de sobra. Pero, ¡nada de costuras miserablemente pagadas! Nada de trabajos que estropeen los ojos. Que envejezcan, que afeen. La estética ante todo.

—¿Aunque no tengamos con qué comer? ¿Aunque Bubi se muera los puñitos?

—Bubi, mientras tenga madre, no se morderá nada. Mira, Balbina: no te empeñes en llevarme la contraria. Yo buscaré, yo lucharé, ¡yo venceré!

—Sí..., sí... ¡Vencer! No será dando lecciones a los hijos de los tenderos del barrio.

4. “Ponchur” del “bonjour” francés: Buenos días.

—Será... con lo que sea. Porque la vida sonrte a quien le sonrte, no a quien le hace muecas.

Y después en tono más suave, acariciando la encrespada cabellera de la gallega:

—Balbina, ¡frente alta! No te agobies, mujer. Si ya sabes que yo tengo suerte.

Balbina se ha echado a llorar.

—Lo único que me quedaba por oír! —balbucea—. Pero ¿por qué te crees que me desespero yo? Dios mío, cuando te veo marchar, ¡a ti!, con tu periódico debajo del brazo, dispuesta a solicitar cuantas colocaciones se anuncian, y volver después con tus zapatos llenos de polvo o de barro, muerta de frío o de calor y sin quejarte nunca, riendo, riendo, me dan ganas de darme con esta cabeza tan bruta contra la pared. No hay derecho. No hay derecho. ¿Por qué unas tanto y otras tan poco?

La mano de Cris, fina, diáfana, acaricia la tosca cabellera.

—Venceremos, Balbina. Ya lo verás. Y será en un día como hoy. Tú estarás desesperada, y yo te estaré animando. Y de repente, un timbrazo. Y será la suerte. Irás a abrir. Un señor desconocido: ¿La señorita Guzmán, profesora de idiomas?” “¿A quién anuncio?” “No me conoce, pero tome mi tarjeta.” Tú me la pasas. En efecto: un nombre que no conozco. Yo salgo. “¿Es usted doña María Cristina de Guzmán?” Yo, asiento. Y entonces, ¡oh, Balbi!, me participa la noticia fabulosa: ¡la herencia del tío que no tengo en América! ¡El contrato para Hollywood, dado mi parecido con Joan Crawford! ¡Qué sé yo! ¡Y nos llueve el dinero! Y nos rodeamos de bienestar, de lujo. Bubi tiene un poney y yo me compro *medias de nylon* y tú te casas.

—Anda, anda, ¡déjame a mí de líos!

—Sí, Balbi; te casas con Paco, porque yo te doto.

- Bueno, bueno.
- Y tienes doce hijos, y comes pollo a todas horas... Balbina se seca las lágrimas. A pesar suyo, sonríe.
- Voy a preparar la cena. ¿No vienes a ver al niño? Parece un angelito dormido en su cuna.
- Cris se levanta. Pero un enérgico timbrazo las inmoviliza a las dos.
- ¿Quién será a estas horas?
- Vete a abrir.
- Se oye una voz de hombre.
- ¿La señorita Guzmán, profesora de idiomas?
- ¿A quién anuncio?
- No me conoce. Pero tome mi tarjeta. Se trata de una colocación.

Cristina lee en la cartulina un nombre desconocido: *Luis Alfaro*. Hace un gesto a Balbina para que introduzca al visitante, y ella se escabulle en la alcoba. Rápida, enfila unas medias. Calza unos zapatos. Se pasa el peine por la melena, se empolva la nariz y da un toque de rojo a sus labios. Después aparece, juvenil y pimpante.

- ¿La señorita Guzmán, profesora de idiomas?
- Sí, señor.
- Vengo a tratar con usted de un asunto a primera vista un poco raro, pero que creo puede interesarle.
- ¿Quiere tomar asiento?
- Gracias. Mire usted: procuraré explicarle la cosa lo más brevemente posible. Pero no tengo más remedio que ponerla en antecedentes. ¿Me autoriza a que le cuente una historia un poco larga?
- Usted dirá.

—Yo soy el secretario español de un hombre de negocios norteamericano: *míster Prynce*. Este señor tiene un hijo único que en la actualidad se encuentra muy enfermo. A dos pasos de la locura. De cómo ha llegado a este

estado es el tema de mi historia: *Míster Prynce*, a quien llamaban en sus tiempos “el príncipe heredero”, ya que era considerado como el primer partido de los Estados Unidos, casó a los veinte años, perdidamente enamorado, con su prima inglesa lady Lilian Walbrun. Al año, el matrimonio tuvo un hijo, que costó la vida de su madre. De entonces acá, *míster Prynce* sólo ha vivido para esta criatura. Para el niño débil, enfermizo y propenso a trastornos nerviosos, quien sólo gracias a infinitos cuidados e infinitos dólares pudo ser sacado adelante. Cuando Joe, a su vez, cumplió veinte años, su padre podía estar orgulloso de lo que consideraba, justificadamente, su obra. El joven *Prynce* era en apariencia un muchacho como todos los demás. Quizá un poco menos fuerte, más nervioso, pero, al fin y al cabo, un chico corriente, o por lo menos, de aspecto corriente. Mi jefe, que en cambio, posee una naturaleza y un espíritu tan templados y resistentes como el acero que fabrica, empezó a tranquilizarse. Joe era, además, un buen muchacho, de vida tan seria, casi se puede decir, tan puritana, como la de su padre... Señorita Guzmán, adivino que se pregunta usted que a santo de qué le cuento toda esta historia, que no le interesa, pero es que sin ella no puedo llegar a la proposición que estoy encargado de hacerle.

- Siga usted —dice Cris ~~en~~ breve.
- Todas las primaveras los dos *Prynce* embarcaban para Europa y recorrían diversos balnearios con objeto de que Joe siguiera sus curas. Pero hace tres años, cuando se proponían embarcar en el *Lauretania*, fue cuando sobrevino el famoso *crac*⁵ financiero “*Ordax y Compañía*”.

5. *Crac* (voz onomatopéyica, del alemán *Krach*): quiebra comercial o desastre económico en una nación. Aquí se refiere a la espectacular caída de la Bolsa de Nueva York de 1929 que originó un caos económico y que llevó a la bancarrota a numerosas empresas y particulares.

Míster Prynce, presidente de la Banca Logan, tuvo que quedarse en Nueva York, y Joe partió solo para Baden-Baden. Su padre se proponía reunirse con él más adelante, mas sus asuntos se lo impidieron. Joe hizo, pues, solo su recorrido habitual y acabó su veraneo en Biarritz. De salud andaba como nunca, y míster Prynce, al enseñarme sus cables —Joe y yo somos muy amigos—, sonreía satisfecho. No adivinaba que la desgracia se cernía sobre ellos. La desgracia, en forma de una linda condesita, mitad española y mitad francesa, de quien Joe se enamoró con esa misma pasión reconcentrada y avasalladora que su padre había sentido por su madre. Un cable, que más bien fue una bomba, participó a mi jefe la efectuada boda, anunciando explicaciones por carta. ¡No quiera usted saber los días que pasó míster Prynce hasta que llegaron las ansias noticias! ¡Las suposiciones que pudo hacer! ¡Los temores que le asaltaron! Él, tan poco comunicativo de ordinario sentía la necesidad de desahogarse con alguien. Y lo hacía conmigo, conociendo el cariño que profeso a Joe. ¿Qué clase de mujer sería aquella que se había casado con su hijo así, de buenas a primeras? Llegó al fin la carta, y míster Prynce se tranquilizó. Se trataba de una señorita perteneciente, por el lado de su padre, a la mejor nobleza española, que viajaba con su madre, dama francesa muy distinguida. En Baden-Baden la había conocido Joe. Allí se inició el idilio, que acabó en Sainte-Eugénie de Biarritz.⁶ “Mi mujer es un encanto, papá —escribía entusiasmado el recién casado—, y estoy seguro de que tú también la querrás.”

No quiero hacerle el cuento largo. El matrimonio no sentó bien al joven Prynce. Hubo que extremar con él los cuidados de todas clases, y de nuevo colocar enfermeras

6. Biarritz: famosa ciudad cosmopolita en el País Vasco francés.

junto a su butaca. El “encanto” de su mujercita, una de esas niñas frívolas y egoístas, criadas en el ambiente nefasto de balnearios y playas de moda, se aburrió pronto de este plan, y con la libertad que autorizan las costumbres cosmopolitas, comenzó a salir y entrar en compañía de amigos y *flirts*.⁷ Míster Prynce, agobiado de preocupaciones —por un lado su hijo, por otro la crisis financiera—, no se dio cuenta de cómo estaban las cosas hasta que las murmuraciones llegaron a sus oídos. Entonces quiso hacer comprender a su nuera lo impropio de su conducta. Pero se estrelló contra una voluntad tan fuerte como la suya. Contra una completa ausencia de sentimientos. Fue una conducta inculcable la de aquella muchacha, a quien míster Prynce había acogido como a una hija. A quien trataba como a una princesa. Y era doloroso ver cómo mi jefe, el “hombre de acero” —así le llaman sus millares de empleados—, dominaba sus ímpetus y doblegaba su voluntad para no ahuyentar al pájaro loco que de vez en cuando se dignaba alegrar al enfermo. Joe seguía apasionadamente enamorado de su mujer. Y, aunque no se quejaba nunca, sufría moralmente lo indecible. Y este sufrimiento agravaba su mal. Provocaba las temidas crisis nerviosas. Míster Prynce, aconsejado por los médicos, hizo cuanto estuvo en su mano por retener a su nuera junto a la cama de su hijo. La rodeó de un lujo de película. La cubrió de joyas. Su menor capricho era ley en el palacio del millonario. Pero todo fue inútil. La condesita se aburría. Y, para distraerse, bailaba, coqueteaba, salía... y volvía a casa cada vez más tarde. Fue después de uno de aquellos días angustiosos, en que la excitación del enfermo llegó casi al grado de locura y en que míster Prynce,

7. *Flirts* (anglicismo que se ha quedado anticuado, muy usado hace unos años): amoríos, galanteos, coqueteos.

dejando a un lado todos sus asuntos y sentado a la cabecera de su hijo, la mirada fija en el reloj o en la puerta, esperaba, minuto a minuto, el regreso de su nuera, cuando estalló el drama. La condesita, que había acudido a no sé qué baile de disfraces, no volvió a casa hasta la madrugada. Se la oyó despedirse con risas y gritos de sus compañeros de diversión. Ha sido la última vez que oí su voz. Lo que pasó entre ella y su suegro lo ignoro. Sólo sé que al día siguiente el pájaro había volado. ¿Esperó mister Prynce que al dejar de ver a la causante de su desgracia se tranquilizara y mejorase Joe? Es posible. Pero, desdichadamente, sucedió todo lo contrario, y hoy, como le dije al principio de mi relato, se encuentra el joven Prynce al borde de la locura. Su padre ha recorrido con él los mejores psiquiatras del mundo. En la actualidad lo está tratando en París el famoso profesor Rouvier. Pero para seguir su tratamiento exige la presencia de la mujer de Joe. Sin ella no puede intentarse nada. Mister Prynce, venciendo su amor propio, ha tenido, pues, que lanzar en busca de su nuera a todas las agencias policíacas del Universo. Ha puesto anuncios en todos los periódicos. ¡Pero inútil! Se ha perdido todo rastro de aquella muchacha... Señorita Guzmán, por fin entra usted en acción. ¿No recuerda que hace algunos días, saliendo de un edificio de la Gran Vía, tropezó usted en el portal con un señor que llevaba un abrigo claro? ¿No se dio cuenta de que aquel señor la siguió en taxi hasta aquí?

Cris intenta recordar. ¿El tropezón? Sí. Un rostro enérgico. Unos ojos claros. De lo demás no sabe nada.

—Pues ese señor era mister Prince. Y si la ha seguido a usted y se ha informado de quién es usted, y si ahora estoy aquí contándole todo esto que no le interesa, es, señorita Guzmán, porque se parece usted extraordinariamente a la desaparecida.

Cris se limita a arquear las cejas.

—Sí, extraordinariamente. Y sobre todo con unos cuantos retoques el parecido podría ser desconcertante. Y de ahí la proposición que en nombre de mister Prynce vengo a hacerle: la de sustituir a su nuera junto a la cama del enfermo.

Cris escucha en silencio, las manos cruzadas sobre las rodillas.

—Se trata de lo siguiente: mi jefe, que ha venido a Madrid, con objeto de ver si encontraba aquí alguna huella de la condesa, regresa a París dentro de dos días. Si usted, como esperamos, está de acuerdo con su oferta, le acompañaré. Tendrá usted probablemente que modificar su peinado, su manera de arreglarse, toda su *toilette*,⁸ según las indicaciones que le hará Georgette, la doncella de mistress Prynce, que mi jefe ha vuelto a tomar ayer a su servicio. De otros pormenores ya hablaremos oportunamente. Ahora, lo que a usted más puede interesarle: los honorarios, todo pagado, vestida, alimentada, alojada, etcétera..., serían de mil dólares mensuales, con un contrato por tres meses como mínimo.

Un silencio. Cris ha descruzado y ha vuelto a cruzar sus manos. El secretario de mister Prynce aguarda.

—Tiene usted razón, señor... —Cris mira la tarjeta, que ha dejado en la mesita, junto al pez de cristal —...

Alfaro. La proposición que está usted encargado de hacerme es original. Y yo tengo que reflexionar sobre ella.

—¿Cuánto tiempo necesita usted para pensarlo?

—Como comprendo la ansiedad de su jefe, mañana, a la hora que usted indique, daré yo misma mi contestación a mister Prynce.

—¿Le parece a usted bien a las cuatro de la tarde? Nos

8. *Toilette* (francés): tocado, traje, atavío, según los casos.

hospedamos en el Ritz.⁹ Ya sabe: Prynce-Valmore — un silencio. Después, impulsivo —. Señorita Guzmán, piense en que puede quizá salvar una vida. Devolver un hijo a su padre.

Cris asiente.

—En eso ya he pensado —y con una sonrisa—. No tenga cuidado, señor Alfaro. Usted ha dicho que quiere mucho a míster Joe. Intentaremos salvarle.

Luis Alfaro ha marchado desde hace largo rato. Pero Cris, hundida en su butacón, no se ha movido. Los ojos fijos en el retrato de la bella dama pintada por Madrazo, piensa, piensa.

De repente se levanta. Sacude su melena. Y de un salto va a encararse con la señora de perfectos *bandeaux*¹⁰ y hombros cubiertos por un chal de encaje:

“¿Has oído, Cristina-Sofía? ¡Se trata de los Prynce-Valmore!”



II

Cris, ante el espejo de su cuarto, estudia con mirada crítica su persona. No está mal. El abriguito canela, aunque viejo, conserva su línea impecable. Realza los hombros anchos y las caderas finas. El fieltro marrón, remangado con ese *clips*¹¹ de brillantes, ha adquirido cierto aire. Los guantes y los zapatos castaños completan la armonía del conjunto.

—“Pobre, pero honrada —sonríe Cris—. Fiel a la sobriedad. Rebelde a todo lo que sea mal gusto, floritura que degrade.”

Cris estudia su rostro. Ausencia total de colorete. Pálidez mate que en épocas de Cristina-Sofía llamarían “de magnolia”. Ojos de un color indeciso, grises más bien, con chispitas doradas, pero rasgados, luminosos. Boca grande y fresca que luce al sonreír dos hileras de dientes blancos. Bastante rojo en los labios. De un rojo que cuesta caro y no queda a pegotes.

“Mis dos únicos lujos: el lápiz y las medias”, piensa Cris.

11. *Clips*: broches.

9. Ritz: el más elegante hotel madrileño.

10. *Bandeaux*: estilo de peinado, propio de las damas del siglo XIX, consistente en raya en medio y dos bandas de cabellos que se recogen a los lados.

Bueno, y ahora el bolso. Saca el "número uno", que yace envuelto entre papel de seda: cocodrilo, iniciales de oro. ¡Ay, Dios mío! Cris tapa con la mano un detalle también de oro. No puedo llevarlo. Y no tiene otro. El negro, imposible. Está atroz.

—¡Balbina! ¡Balbi! Préstame tu bolso nuevo, ¿quieres? Balbina aparece radiante.

—Mira, es precioso. Fíjate en el cierre. Este Paco tiene un gusto...

Cris siente no coincidir en gustos con el simpático dependiente del "Globo de Oro". Pero después de todo la cosa no tiene importancia. Demasiado bien está la cartera para una profesora de idiomas.

—Bubi. Bubi. Ven a darme un beso, que mamá se va. Un trompiconazo contra la puerta. Un maniobrar en el picaporte.

Bubi, personaje de cuatro años, todo carita en flor, aparece.

—¿Te vas, mamá? ¿Adónde vas?

—Voy a ver a un señor muy rico que me va a dar mucho dinero.

—¿Para comprarme cosas?

Cris se ha arrodillado ante el niño. Arregla los rizos, que tienen una desdichada tendencia a meterse en los ojos grises con chispitas doradas.

—Muchas cosas, si eres bueno y no das guerra a Balbina.

Besa una vez, mil veces, la frente lisa, las mejillas, el hoyuelo. Y muy bajo:

—Oye, Bubi, reza a Jesucito para que a mamá le salga bien una cosa.

—Bueno, Cris —promete, solemne, el niño.



III

Cristina está en el hall del Ritz.

—¿El señor Prynce-Valmore?

El imponente conserje contesta al instante:

—Ciento uno, ciento dos, ciento tres, ciento cuatro y ciento cinco.

—Gracias.

El corazón de Cris —el valiente corazón de Cris— late más de prisa mientras sube el ascensor.

Ciento uno, ciento dos. Llama con los nudillos. Se abre el ciento cinco. Luis Alfaro se inclina sonriente:

—¿Quiere pasar, señorita Guzmán? Un momento, por favor. En seguida la recibirá míster Prynce.

Cris entra en el pequeño salón. En un ángulo, una mesa de despacho y un sillón vacío parecen aguardar a alguien. —Siéntese usted.

Cris se sienta. Alfaro desaparece por la puerta que comunica con el ciento cuatro. Y Cris oye una voz varonil que habla en inglés por teléfono. Órdenes a un Banco. Cris escucha con interés. No las órdenes, la voz. Bien timbrada, cálida. Después, el ruido seco de un auricular que se cuelga. Y la voz, en español:

—¿Dónde está la maestría?

La maestría. Es ella. Cris arquea las cejas. La maestría. La puerta vuelve a abrirse y entra el señor del tropézon. Cris lo recuerda ahora perfectamente: muy alto, la cabeza pequeña sobre unos hombros anchos, los ojos claros. Se inclina levemente.

—¿Miss Guzmán?

—Yes.

Se sienta en el sillón tras la mesa de despacho. Cris no se ha movido de su asiento. Mister Prynne, aunque rey del acero, es para ella solamente un hombre, y por un hombre "la maestría" no acostumbra a levantarse.

Cuando sea su empleada, ya veremos.

Mister Prynne-Valmore la examina en silencio. Sus ojos son claros y fríos.

Cris espera. En el fondo está un poco impaciente, molesta. Mister Prynne la mira y remira como se contempla un objeto caro antes de comprarlo. Al fin rompe a hablar, en español, con ligerísimo acento extranjero:

—Mi secretario, el señor Alfaro, ya la ha puesto a usted en antecedentes de lo que yo deseaba de usted, ¿verdad? Y, según me ha dicho, viene usted a participarme su decisión, ¿no es eso? Yo he accedido a recibirla personalmente, porque quería cerciorarme de nuevo, de si, en efecto, existe entre usted y la que fue mi nuera una gran semejanza. Desde luego, le renuevo el ofrecimiento que se le ha hecho. Ahora, usted dirá.

Cris traga un poco de saliva. Está defraudada. ¿Por qué? Quizá porque esperase de parte de mister Prynne otra actitud. Otro modo de tratar el asunto. Más sentimental. Más de padre que pusiera entre sus manos la vida de su hijo.

"Pero eso son pamplinas —se dice—. Aquí lo impor-



Carmen de Icaza, en su juventud.

tante son los tres mil dólares, muchos miles de pesetas al cambio actual. ¡Y Bubi!"

—Paga usted tan bien, mister Prynce, que no me ha dejado ni libertad de elección. Acepto, naturalmente.

¿Comprendería el rey del acero?

—Eso esperaba, miss Guzmán.

¡Y pensar que ella encontró cálida aquella voz!

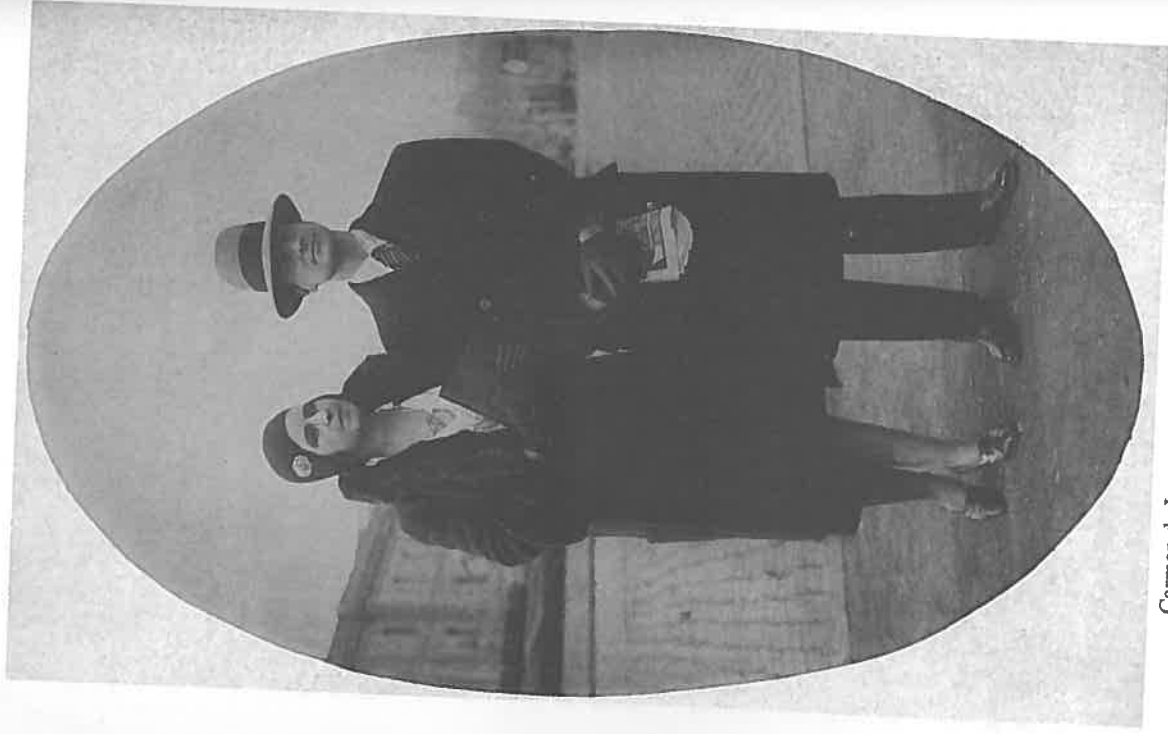
—Pero antes de que firmemos nuestro contrato quiero hacerle unas cuantas observaciones —prosigue mister Prynce—. Pasado mañana regreso a París. Usted me acompañará. Desde el momento en que lleguemos a aquella ciudad será usted para todos mistress Prynce-Valmore *junior*.¹² Deseo que mis criados, todos nuevos, con excepción del mayordomo, la tomen a usted realmente por mi nuera. No quiero estar a merced de una torpeza o de una indiscreción que pueda perjudicar al restablecimiento de mi hijo. Estoy en París de incógnito. Además, tengo allí pocas amistades. Así es que por el lado social no habrá problemas. Todo se reducirá a una mixtificación de puertas para adentro. Usted habitará el departamento de mi hija política y será tratada en todo como si realmente lo fuera. Su servicio estará reglamentado y dirigido por el profesor Rouvier. Él le indicará cuál ha de ser su actuación cerca del enfermo. Sin embargo, nunca pasarán de siete las horas que tenga usted que permanecer junto a él, y si fueran necesarias más, le serían abonadas como horas extraordinarias.

—¿Y salidas? —pregunta Cris con naturalidad.

Mister Prynce la mira con susplicia.

—Ninguna fija —dice con dureza, recordando, quizá, las salidas de su nuera—. Tiene usted que estar siempre a disposición del doctor. Cuando él lo juzgue oportuno, le

12. *Mistress Prynce-Valmore junior*: señora de Prynce de Valmore, hijo.



permitirá salir a tomar el aire. Pero nada más. ¿Tiene usted, acaso, amistades en París?

—No —contesta Cris—; tanto más cuanto que yo también iré de incógnito.

Los ojos fríos no aprueban la salida.

—Antes de dirigirme a usted, miss Guzmán, y no obstante lo valiosa que puede resultar su presencia junto a mi hijo, he tomado informes sobre usted. La agencia encargada de ellos, dado el poco tiempo que le di para actuar, sólo ha podido proporcionármelos muy superficiales. Pero creía poderme afirmar que, bajo el punto de vista moral, su conducta no deja nada que desear.

—Nunca he estado en la cárcel —confirma Cris plácidamente.

—Yo desearía saber algo sobre su familia. ¿Tiene usted padres? ¿Novio? ¿Alguna persona con derecho a intervenir en sus planes?

—No. Soy mi propia señora y dueña, libre de hacer y deshacer lo que me plazca. A nadie tengo que rendir cuentas de mis actos.

—Magnífico. Éste era un punto muy importante. Porque si yo me prevengo de indiscreciones por parte de mi gente, con más motivo tengo que tomar mis precauciones por el lado de usted, a quien no conozco.

“Tiene aspecto de *lord*¹³ inglés, pero nada más que aspecto...”, se dice Cris.

—Desde este momento, la doncella de mi nuera será puesta a su disposición.

—Gracias, no la necesito.

Una mirada burlona cruza por las pupilas de su interlocutor. Y Cris se muerde los labios. Ha dado un punto a su adversario. Los ojos de míster Prynce están fijos en el

13. *Lord*: en Inglaterra, título nobiliario, equivalente a barón.

desdichado bolso de Balbina, flamante, llamativo, vulgar.

—No es para vestirla a usted, miss Guzmán, para lo que coloco a Georgette a su lado, sino para enseñarle a vestirse —y suavizando la impertinencia—: Usted va a representar en esta comedia, que quizá devuelva la razón a mi hijo, el papel de una gran señora. De una muchacha extraordinariamente elegante y rica. Usted tiene que vestirse, y que arreglarse, y ¡yo qué sé!, hasta que perfumarse, del mismo modo que lo hacía mi nuera. De ello depende el éxito de nuestro experimento. Georgette conocía hasta en el menor detalle los gustos de su ama. Ella será para usted, y para nosotros, una valiosa ayuda.

Cris asiente.

Míster Prynce parece reflexionar.

—Creo que es todo cuanto por ahora tenía que decirle. ¿Está usted de acuerdo? Ya sabe que, aparte de sus honorarios, estará usted vestida y mantenida a todo lujo.

Cris se levanta, dando por terminada la conversación.

—Estoy conforme, míster Prynce. Acepto el puesto de enfermera de su hijo con sus ventajas e inconvenientes. Y acepto este asunto de “disfrazarme” como parte del tratamiento. Soy enfermera diplomada, y eso me ayudará a cumplir debidamente con mi cometido.

Por primera vez mira míster Prynce cara a cara a “la maestra”. Instintivamente se ha levantado también.

Se inclina levemente. No le tiende la mano. Cris tampoco le sonríe.

maestra?

Frio?



IV

Handwritten: 1

Cristina Guzmán, profesora de idiomas, avanza por la carrera de San Jerónimo con paso largo y seguro de Diana Cazadora.¹⁴ Con paso elástico, rítmico, marcial casi. Y en el alma de Cristina Guzmán, profesora de idiomas, tocan a gloria las campanas de su optimismo. Veintiocho años. Sana. Decidida. Y las puertas de la oportunidad abiertas de par en par.

Handwritten: 28

Cris respira con deleite la brisa abrileña. En sus ojos brilla el triunfo. Y los transeúntes le ceden el paso. Se vuelven y la siguen con la mirada. ¿Por guapa? No. Cris no es una belleza que levanta multitudes. Es un dibujo estilizado de sonrisa blanca y silueta flexible. Pero Cris irradiaba algo que atrae, que subyuga. Vitalidad. Confianza en sí misma. Seguridad de vencer. Y la vida sonríe a quien le sonríe.

En el bolso de Albina, y bajo el cierre resplandeciente, lleva Cris la llave del mundo. ¡Un contrato por tres mil dólares y diez billetes de mil pesetas! “Para gastos de equipo y de viaje”, se los ha dado Alfaro. Georgetown tiene

14. Diana Cazadora: diosa romana de la caza. Corresponde a la Artemisa de los griegos.

orden de ir a recogerla dentro de dos horas, "con objeto de orientarla en la elección". Cris sonríe. Tiene gracia la cosa. Pero ¿no debería ir empezando a comprar? Hay que ganar tiempo. Y cambiar, de paso, un billete de mil pesetas.

Cris entra en "La Palmera".

—Medias buenas —pide—. Malla, sesenta, ochenta y cien. No importa el precio.

"¡Nueva rica!", se critica a sí misma.

Y escoge. Escoge. Medias como espuma de seda. Pañuelos de batista de Holanda con su orla de Valencienes¹⁵ auténtico.

—¿Los tiene con corona ducal...? ¡Condal! —corrige. ¡Ya iba a correrse!

Y guantes de piel de Suecia, de esos que se adhieren a los dedos como una segunda piel. Y un bolso marrón, liso y brillante, sin cierre de ninguna clase. Y otro negro, de piel de foca, flexible, suave. ¡Y basta ya! Cris no es gastadora. Además, tiene a Bubi.

A la salida toma un taxi.

—Al Bazar Mayo, Gran Vía.

Y allí, en pleno país de automóviles pequeños, "patinettes" y triciclos, Cris se siente locamente pródiga.

—Esto..., esto..., esto... y esto.

¡Oh, la alegría de la carita en flor! ¡De los ojos grises con chispitas doradas! El hoyuelo aparece y reaparece.

—Pero mamá, ¿es que eres un Rey Mago?

Cris, ante el retrato de Madrazo, sonríe, la mirada húmeda:

"¿Verdad, Cristina-Sofía, que esto nos compensa de las impertinencias de un millonario americano?"

15. Valencienes: ciudad francesa famosa por sus encajes. En este caso la autora ha suprimido las palabras "encaje de...".

V

P. 13
1 a 13

A bre. Debe ser la doncella francesa—. En efecto, es la famosa Georgette. Ojos vivos y flequillo rubio bajo un gracioso gorro de punto.

—Buenos días, mademoiselle —ella, en cambio, tiende a Cris la mano. "La maestrita" se la da con naturalidad—. Vamos a salir juntas, ¿verdad? El señor Alfaro me ha dicho que iríamos de compras. Que es necesario para la salud de monsieur Joseph convertirla a usted en *madame la comtesse*...¹⁶ Y, en efecto, se le parece usted bastante.

Una mirada inquisidora aprecia el talle de Cris. Sus manos. Sus tobillos.

—*Madame la comtesse* era más *rondelette*,¹⁷ menos alta. Pero, ¡oh, era tan *chic*!¹⁸ ¡Tan *merveilleuse*!¹⁹...

—Habra usted de ella como si se hubiera muerto —la interrumpo, áspera. Balbina.

—¿Es su hermana?

Quien es

16. *Madame la Comtesse* (francés): la Señora Condesa.

17. *Rondelette* (francés): redondita, no es rechoncha, que sería peyorativo.

18. *Chic* (francés): elegante.

19. *Merveilleuse* (francés): maravillosa.

—De leche... Pero es lo mismo.

Georgette se ha sentado. Estira sus piernas redondas.

—¡Oh, vive usted tan lejos del Ritz!

—Si llegamos a saber que nos iba a honrar un día con su visita, nos hubiéramos instalado más cerca.

Balbina está furiosa del desenfado de la francesita.

—Oh, *comme elle est spirituelle cette bonne femme*.²⁰

Cris juzga que ha llegado el momento de intervenir. Y, pausadamente, con su mirada distante:

—Georgette, no la necesito hoy. Mañana le avisaré por el señor Alfaro. Pero tome por su molestia. Y le tiende un billete azul.

La francesa ha enrojecido. Se ha puesto en pie.

—De ningún modo, señorita. Yo estoy al servicio del señor Valmore. Viniendo aquí sólo cumplo órdenes suas. Muchas gracias, pero no puedo aceptar.

Sin embargo, se nota que el gesto le ha impuesto.

—Bueno, mademoiselle dirá...

Habla en tercera persona. Algo es algo.

—Sí; cuando la necesite se lo haré decir. Hoy tengo hora en el peluquero y va a venir la manicura. Hasta otro rato, Georgette.

Y Cris desaparece en su alcoba.

La doncella de *madame la comtesse* la sigue con mirada de asombro.

"*Carramba*"²¹ *avec la petite institutrice*", piensa.

20. *Comme elle est spirituelle cette bonne femme* (francés): qué ingeniosa es esta buena mujer.

21. "*Carramba*" *avec la petite institutrice* (francés): "Carramba" — deformación del castellano *caramba* — con la pequeña institutriz.



VI

La *petite institutrice* ha llegado a casa de uno de los melojos peluqueros de Madrid y ha confiado su melena a las manos del artista. Y mientras éste corta, despunta, empapa y marca, y la manicura, inclinada sobre una de sus manos, lima, retoca y pule, la maestrita sueña. En un sopor de amoníaco, ondulina y brillantina. Entre el revoloteo de batas blancas y el concierto de secadores eléctricos, tijeras y tenacillas.

La maestrita sueña. Un sueño de película. Medias de malla super-fina. Bolsos lisos y brillantes. Pañuelos de batista de Holanda. Y ropa interior de crepón natural.

El secador susurra como enjambre de abejas. Cris ha cerrado los ojos. Siente un bienestar maravilloso. Siente ganas de llorar. Ahora que bajo el casco de metal no la ve nadie. ¡Bubi! ¡Su peque! ¡Tres mil dólares! ¡Y no tener que enseñar a conjugar *to ring rang rung*²² a los mocosos del barrio! Cris no sonríe. Y dos rayitas casi impercep-

22. *To ring, rang, rung* (inglés): infinitivo, pasado y participio del verbo *to ring*: llamar al timbre.

tibles aparecen junto a las comisuras de sus labios. La Naturaleza se cobra sus derechos. La carne se venga del espíritu. De la tiranía que le impone la voluntad. Y con sus rúbricas dolorosas lanza un mentís a la blanca y valiente sonrisa.

Cris siente cómo el sopor le embarga el cerebro... La brillantina... La ondulina... El amoníaco... El susurro del enjambre gigante... Y el repicar de tijeras y tenacillas... Un millonario americano: hombros anchos y ojos fríos... El Ritz... Un "Rolls"... El sudexpreso... y maletas de piel de Rusia con coronas de plata...

"¿Tú sabes lo que cuesta ganar veinte duros? ¿De dónde de los vamos a sacar? ¿Cosiendo delantalitos a dos reales?"

"¿Es usted la señorita Guzmán, profesora de idiomas?"

"Pero, mamá, ¿es que eres un Rey Mago?"

"La vida sonrío a quien le sonrío."

"Quiero que sepa muchos idiomas. Y que sea ingeniero..., ¿o arquitecto, quizá? ¿O no sería mejor que fuese sencillamente un millonario...?"

—Esto ya debe de estar seco. Permítame, señorita. Perfectamente.

¡Adiós el sueño! ¡Adiós el sopor! Cris abre los ojos. Se mira en el espejo. Se encuentra horrorosa con aquellas ondas disciplinadas como un desfile militar. Ya se encargará ella, al llegar a casa, de hacerles perder su aspecto de estreno, de revolucionarlas; alisando aquí, cepillando allá. ¿Para qué irán las mujeres al peluquero, Dios mío?

Cris paga. Da una buena propina. Las batas blancas la acompañan hasta la puerta de cristal.



VII

Cris aparece en la estación del Norte, esbelta, fina, vestida de gris de pies a cabeza, con un amplio abrigo al brazo y un maletín gris en la mano. El mozo la sigue con sus maletas: piel de Rusia y pequeñas iniciales de plata. Cris lleva un gorrito torcido — modelo María Calbot, *please*²³ — y sus zapatos son la perfección de las perfecciones.

—Tan buenos como los de *madame la comtesse* — ha aprobado Georgette, al revisar el flamante equipo. La *petite institutrice* sabe comprar. ¿Habrán estado, quizá, como ella, en buenas casas? Sí, eso debe ser. Pero Georgette no se atreve ya a "familiarizar". La maestra tiene una manera de mirarla con altivez que la recuerda demasiado a su antigua ama. Además, tiene órdenes concretas: *Made-moiselle*²⁴ Guzmán será, desde que el tren llegue a París, *madame P. Valmore*. Como a tal hay que tratarla. En público y en privado. Georgette, para tranquilizar su dignidad por haber empezado un poco antes a "humillarse", se dice que así ya tendrá costumbre y no cometerá pifias.

23. *Please* (inglés): por favor.

24. *Mademoiselle* (francés): señorita.

Nadie ha venido a la estación a despedir a miss Guzmán. Cris ha dejado de ser Cris en su casa. En la casa del viejo portalón que da sobre el jardín de las monjas. Y allí tampoco ha habido grandes escenas. Cris no es amiga de efusiones. Sólo que hoy ha sido ella quien ha bañado a Bubi —lujo maravilloso que antes no podía permitirse—. La que le ha dado de comer. La que ha murmurado con él el “Jesúsito de mi vida...” y le ha arropado en su cunita blanca.

Cris lo ha mirado dormir sentada en la cama. Las rayitas, triunfantes, aparecieron junto a su boca. Cris estaba rezando. No con los labios, no con palabras, con el corazón. “Elevadlo a Dios...” Y eso es lo que hacía Cris. En sus dos manos juntas se le tendía al Señor. Sin decirle nada más. Él ya sabía.

Según iba bajando las escaleras de madera, Cristina Guzmán, profesora de idiomas, se convertía en miss Guzmán, empleada a sueldo de mister Prynce-Valmore. Extraña empleada a sueldo fabuloso. Pero empleada a sueldo. Balbina le metió las maletas en el taxi, húmedas las mejillas de manzana madura y el acento más gallego que nunca.

—Que te cuides. Que te abrigues. No pases *cuidau*²⁵ por el *chicu*.²⁶ Ni de día ni de noche le perderé un *minutu*²⁷ de vista.

—No necesitas decírmelo. ¿Crees que me iría tranquila si no? Y no llores, bobalicona. Tres meses pasan volando. ¡Ya verás como vuelvo! A lo mejor casada con el papá millonario. ¡Anda, dame un abrazo!

Balbina, a través de sus lágrimas, y cuando arrancó el taxi, tuvo como última visión de Cris el relámpago blanco de su sonrisa.

25, 26 y 27. Cuidau, chicu, minutu: Balbina habla con acento gallego.

Ahora, en la estación, miss Guzmán avanza hacia el tren con paso largo y seguro. Hay pocos viajeros en el andén. Pero todos la miran con interés. Todos se vuelven a su paso.

—¡Qué mujer más estupenda! —dice un hombre joven y elegante a otro hombre joven y elegante—. ¡Te felicito! ¡Vaya compañera de viaje!

Mister Prynce-Valmore, rodeado de un grupo de señores de aspecto importante —¿no es Presidente de la S.A.S.T. y Consejero de la U.S.C.A.?—, ha visto venir a miss Guzmán.

—¡Caramba, qué mujer! —al banquero barón de Torralta se le van los ojos.

Mister Prynce-Valmore lo mira frunciendo las cejas.

—¡Estos españoles!

Miss Guzmán no ha visto o no ha querido ver a “su jefe”. Bajo las miradas de todo el andén ha subido ágilmente al tren, seguida de sus maletas de piel de Rusia. Georgette la acomoda en el *single*; solícita, como lo hacía con *madame la comtesse*. Georgette está encantada. ¡Éste es su ambiente! ¡Éste! El de los expresos de lujo y los hoteles cosmopolitas. ¡Oh, lo que se aburría en aquel caserón de los barones de Torre-Azul! Qué burgués era todo. Qué aburrido. Y qué poco propicios al *flirt* el mecánico y el cocinero. No; aquello no era lo suyo. Esto. Esto.

Georgette siente un agradecimiento enorme hacia Cris por su parecido con su antigua ama. Después de todo, a ella le debe el hallarse de nuevo al servicio de los Prynce-Valmore. Y, generosa, está dispuesta a olvidar que su nueva señora no es más que una pequeña institutriz y a servirle como si en realidad fuese una gran dama.

Cris no se asoma, como los demás viajeros, a la ventanilla. No le interesa el andén. Se ha sentado y ha cruzado

las manos sobre sus rodillas. Y espera a que parta el tren con algo de angustia.

Partir es morir un poco. ¡Ay, si no existiera Bubi! Con su boquita preguntona y sus ojazos grises salpicados de oro. Pero si no existiera, no existiría tampoco Cristina Guzmán, profesora de idiomas. Cris se estremece. Es mejor vivir. Y tener un hijo por quien luchar. Por quien vencer. ¡Frente alta, Cris! Y no olvides tu lema: la vida sonríe a quien le sonríe.

Un silbido agudo. Un estremecimiento. El tren ha echado a andar. Adiós, casona vieja del viejo Madrid. Y adiós, pajarillo que tienes tu nido colgado sobre el jardín de unas monjas.

Partir
Madrid

VIII



Georgette se ha retirado. Sobre la cama abierta yace el camisón de crespón albaricoque. De crespón "natural", naturalmente. Con sus adornos de *fil tiré*.²⁸ A los pies, las chinelas de tisú orladas de cisne albaricoque. Y en la percha, la bata de terciopelo del mismo tono privilegiado.

Cris duda. ¿Acostarse? No. No tiene ganas de dormir. Saldrá al pasillo y mirará desfilan los postes telegráficos, mientras el aire de la noche desfleque con dedos frescos su melena.

Cris ha abierto su maletín. Una caja de egipcios la sorprende. Ah, sí; Georgette. La condesita Fifi fumaba "como una chimenea".

"Fumaremos, pues. Le va al ambiente."

Busca un encendedor. Una cerilla. No la encuentra. Sale al pasillo con el pitillo blanco, entre las uñas de laca rosa. Una silueta varonil le cierra el paso.

—¿Desea usted fuego, señora?

Brota una llama de un encendedor. Cris titubea. Después se inclina levemente y enciende su cigarrillo.

28. *Fil tiré* (francés): tipo de bordado.

Unos cuantos metros más allá, mister Prynce-Valmore, también con un cigarrillo en los labios, ha presenciado la escena. Un gesto despectivo ha endurecido sus facciones. Cris, al levantar la cabeza, se encuentra con su mirada.

"Parece un ave de rapiña", piensa.

"Igual que la otra", se dice el rey del acero.

¿que es un ave de rapiña?

*Prynce Valmore
no ve que Prynce
no ve que Prynce
no ve que Prynce*

IX

Cris ha sentido la mirada de antipatía, de censura. Y, al choque, siente hervir en sus venas sangre guerrera, ansias locas de desafiar a aquel hombre de mirada cortante. Sigue fumando en el pasillo junto al joven del encendedor oportuno.

—¿Va usted a París, señorita?

Cris asiente.

Y el desconocido prosigue:

—Permítame que me presente. Jorge Vial, marqués de Atalanta.

Cris titubea. ¿Cuál es su nombre? ¿Quién es ella? Opta por callarse. Sólo inclina, sonriente, la cabeza.

—Creo que he leído su nombre entre nuestros jugadores de polo que van a tomar parte en las jornadas de Amberes.

—Justamente.

Los dos fuman en silencio. Mister Prynce, a tres metros de distancia, hace lo propio.

—Es un deporte noble y hermoso el polo —dice Cris.

—El más estupendo de todos —aprueba Atalanta.

—¿Practica usted alguno? —pregunta después, para no cortar el hilo frágil de la conversación.



—No tengo tiempo.

Atalanta siente ganas de preguntarle que en qué lo emplea. Saber quién es esta muchacha fina y *chic*, de rostro estilizado y gestos sobrios.

—¿Va usted a París? —vuelve a preguntar.

—Sí; a París.

—¿Una temporada?

—Sí, unos tres meses.

—La envidia a usted. Yo sólo podré permitirle una semanita de estancia ahora y otra a la vuelta. ¡La primera en París! ¡Ahí es nada! Pero el resto del año, ¿vive usted en Madrid?

—Sí.

—Qué raro que no nos hayamos encontrado antes. En Madrid todos nos conocemos.

—Ya ve que yo sí le conocía.

Jorge Atalanta está algo desorientado. No es que le extrañe que se le conozca de vista. Hasta las piedras saben en Madrid quién es Jorge Vial, el guapo marqués de Atalanta, siempre bien vestido, siempre con buenos coches, deportista, espléndido y conquistador. No; no es por ese lado, sino por el contrario. ¿Cómo no conoce él a esta mujercita? ¿A qué mundo pertenece? Si no le hubiera dicho que vivía en Madrid, Jorge, sin duda, habría contestado: “Al mío, mejor dicho, al de mi madre”. Porque el suyo era un mundo amplio, que comprendía desde el *grand monde*²⁹ al *demi monde*.³⁰ Y eso es lo que le desorienta. Ni a uno ni a otro puede pertenecer la damita gris, porque él la conocería. ¿Alta burguesía entonces? Sí, eso debe ser. Pero le extraña, de todos modos,

29. *Grand monde* (francés): Alta Sociedad.

30. *Demi monde* (francés): mezcla de aventureros, nuevos ricos y artistas. Lo que hoy llamaríamos “la jet-set”.



no haberla visto nunca en las carreras, en el Ritz o en el Palace.

—¿En qué hotel parará usted en París?

—En una casa particular. Avenue Marceau —contesta la maestrilla.

Algo ha adivinado de la perplejidad de Atalanta, y le divierte desorientarle aún más.

El rey del acero ha desaparecido en su *sleeping*.³¹ Y Cristina Guzmán, profesora de idiomas, trasplantada de la vieja casona del viejo Madrid al sudexpreso y de la compañía del hijo de doña Garbanzos a la del “capricho de las damas”, siente ansias de desquite. Atalanta la estudia de pies a cabeza, con cierto disimulo; porque está demasiado bien educado para hacerlo a las claras. Pero observa, mide, pesa. Y el resultado de su examen es: matrícula de honor. ¡Bien la burguesita... o lo que sea!

—¿Tiene usted familia en París? —sigue indagando.

—No.

—¿Pero tendrá amigos? Perdóne mi indiscreción. No obedece sino al deseo de poder ser útil a una compatriota. Mi coche y mi chófer me han precedido por la carretera. Tendría mucho gusto en ponerlos a su disposición mientras yo esté en Bélgica.

Es “muy Jorge Vial” eso de ofrecer su coche a la primera mujer que le gusta. Le ha dado el truco excelentes resultados. Pero esta vez parece que va a fallarle.

—Muchas gracias —sonríe Cris—; pero me encanta andar y detesto el automóvil.

—¿Hastíada hasta el punto de molestarle las comodidades que proporciona el dinero?

—Tal vez.

Cris se encoge mentalmente de hombros. Y en sus la-

31. *Sleeping*: coche cama (en el tren).

bios se esboza una sonrisa. No su sonrisa sana y blanca. Sino otra de labios cerrados. Un poco cansada. Un poco *giocondina*.³²

"Es interesante la damita gris —piensa Atalanta—. ¿A quién me recuerda?"

—Se parece usted a Joan Crawford —dice en voz alta—. Quizá en su mirada desencantada de mujer que todo lo tiene y que, sin embargo, siente que no tiene nada.

Cris reprime sus ganas de reír. De soltar su risa cristalina de los mejores momentos. ¡Tiene gracia la cosa! "De mujer que todo lo tiene."

Pero Cris sabe dominarse. Sus labios siguen esbozando la misma sonrisa. Sólo en sus ojos nace una lucecita burlona.

Jorge Vial está satisfecho consigo mismo. Ya ha encanizado la conversación por senderos personales. De ahí a la intimidad falta poco. Es muy suyo también eso de "atacar" a una desconocida con filosofías más o menos profundas. También le ha ayudado a obtener éxitos sorprendentes. Sobre todo en los pasillos de los trenes de lujo, que, lo mismo que las toldillas de los grandes transatlánticos, se prestan a esa clase de *flirteo*.³³ Y ahora una frase en inglés como remate:

—*You look so interesting. So sophisticated.*³⁴

La burguesita,³⁵ o lo que sea, debe "estar hecha polvo".

—*Do you think so?*³⁶ —contesta ésta en el más puro

32. *Giocondina*: se refiere a la sonrisa enigmática de Mona Lisa, la Gioconda, retrato pintado por Rafael que se conserva en el Museo del Louvre (París).

33. *Flirteo*: coqueteo.

34. *You look so interesting, so sophisticated* (inglés): Tiene usted un aspecto tan interesante, tan sofisticado.

35. *La burguesita, o lo que sea, debe "estar hecha polvo"*: Aclaración: las mujeres españolas de aquella época no solían hablar inglés.

36. *Do you think so?* (inglés): ¿Cree usted?

londinense—. Es usted rápido en sus juicios. Se nota que es usted un gran experto en psicología femenina.

Jorge Atalanta no sabe ya qué pensar.

—¿Es usted inglesa? —pregunta dudoso.

Ha estudiado dos años en Oxford y sabe apreciar un buen inglés.

—Soy española. Y buenas noches, marqués de Atalanta. Le deseo de veras que triunfe su *team* en el torneo de Ambers.

Ris-ras: se ha abierto y cerrado la puerta de un *sleeping*.

Jorge sólo ha tenido tiempo de tirar su pitillo por la ventanilla y de inclinarse con un taconazo del más puro estilo germánico.

"¡Vaya con la damita gris!", se ha dicho perplejo en el mismo tono con que Georgette, dos días antes, se asombrara:

"Carramba avec la petite institutrice!"

¿Carramba? ¿psicología? ¿femenina?